



# DOS

Giro en todas direcciones sobre la acera, mirando cada silueta que pasa por la calle. Los reflejos coloridos sobre el pavimento se difuminan en la humedad de la noche. En un instante, todos los postes de luz lucen como personas, y cada pisada distante suena como alguien que se encamina directo hacia mí a toda prisa.

¿Está aquí? ¿Era él quien me estaba vigilando? En cierta medida, esperaba ver una figura conocida caminando detrás de mí, con el cuerpo cubierto por una armadura y el rostro tapado por un casco negro opaco.

Pero no hay nadie.



—Solo pasaron algunas noches —digo en voz baja, mis palabras se transcriben en un mensaje de respuesta—. ¿Alguna vez se te ocurrió que la gente necesita tiempo para pensar?

**Te di tiempo.**

La ira comienza a apoderarse de mi miedo. Presiono los dientes y empiezo a caminar más rápido.

—Quizás esta es mi forma de decirte que no estoy interesada.

**¿De verdad no lo estás?**

—Para nada.

**¿Por qué no?**

—Quizás porque trataste de asesinarme.

**Si te quisiera muerta, ya lo estarías.**

Otra sensación de escalofríos me recorre la espalda.

—¿Quieres que acepte tu oferta? Porque no estás haciendo un muy buen trabajo.

**Estoy aquí para avisarte que estás en peligro.**

Está jugando conmigo, como siempre. Pero algo en su tono me hace congelar del miedo. Pienso que quizás está engañando mis defensas para revisar mis archivos, para revisarme a *mí*. Una vez robó los Recuerdos de mi padre. Podría hacerlo otra vez.

–El único peligro que he enfrentado eres *tú*.

**Entonces se ve que no has estado en el Dark World últimamente.**

De pronto, la Guarida del Pirata aparece a mi alrededor. El cambio abrupto me hace dar un pequeño salto de sorpresa. Hace un segundo, estaba parada en las calles de una ciudad; ahora estoy bajo la cubierta de un barco pirata.

Tremaine tenía razón; un gran número de personas en el Dark World deben estar utilizando los lentes beta, dado que el algoritmo de Hideo jamás los dejaría llegar tan profundo. El barco está atestado de avatares, todos ellos reunidos alrededor de un cilindro de cristal en el centro de la Guarida. La pantalla muestra la lotería de asesinatos.

**Siempre la primera opción, ¿no?**

Miro la lista. Algunos nombres me resultan familiares; líderes de pandillas y jefes de la mafia, políticos y algunas celebridades. Pero luego...

Ahí estoy yo. **Emika Chen**. En el primer puesto y con una

recompensa de cinco millones de billetes a un lado de mi nombre.

Cinco millones por mi muerte.

–Tiene que ser una broma –es lo único que logro decir.

La Guarida del Pirata se desvanece tan rápido como apareció, dejándome parada nuevamente en las calles de Kabukichō.

Los mensajes de Zero comienzan a llegar más rápido ahora.

**Dos asesinos se acercan a esta calle.  
Te alcanzarán antes de que puedas  
llegar a la estación de trenes.**

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. He visto lo que ocurre con los que terminan en esa lista; y por un precio tan alto, los asesinatos casi siempre son efectivos.

Por un segundo, me encuentro deseando que el algoritmo de Hideo estuviera afectando a todo el mundo. Pero me deshago enseguida de semejante pensamiento.

–¿Cómo sé que no los enviaste tú? –susurro.

**Pierdes el tiempo. Ve hacia la derecha  
en la siguiente intersección. Ingresa al  
centro comercial y dirígete al sótano.  
Habrá un auto esperándote en la calle opuesta.**

¿Un auto? Entonces, después de todo, no estaba siendo paranoica. Me había estado observando, quizás hasta había

calculado el camino que tomaría una vez que me separara de los Jinetes.

Miré a mi alrededor, frenética. Quizás Zero me estaba mintiendo y estaba jugando uno de sus juegos. Revisé mi directorio para llamar a Asher. Si los otros aún se encontraban cerca, quizás podrían venir a buscarme. Ellos...

No logro terminar la idea. Un disparo roza mi cuello por detrás, e impacta contra la pared.

Una bala. Un *disparo*. Me abarca una repentina sensación de terror.

Me arrojo al suelo. En el otro extremo de la calle, un transeúnte grita y corre, dejándome completamente sola a la vista. Miro por sobre mi hombro tratando de buscar a mis acechadores, y esta vez, veo una sombra que ingresa a un edificio en medio de la noche. Otro movimiento al otro lado de la calle llama mi atención. Comienzo a gatear con mis pies.

Un segundo disparo.

El pánico comienza a apoderarse de mí, amenazando con dejar toda la cordura de lado. Los sonidos llegan a mí como si estuviera bajo el agua. Como cazadora de recompensas, ya he escuchado disparos antes, los estallidos de las balas de la policía contra paredes y cristales; pero toda la intensidad de este momento es nueva. Yo nunca había sido el blanco.

*¿Acaso Zero los envió? Pero fue él quien me advirtió que corriera, quien me dijo que estaba en peligro. ¿Por qué haría eso si es él quien me está atacando?*

*Tienes que pensar.*

Me pego contra la pared, arrojo la patineta al suelo y salto sobre ella. Al entrar en contacto con mis pies, la patineta comienza a moverse hacia adelante soltando un zumbido agudo. Zero me había dicho que en la siguiente calle habría un auto esperándome. Me agacho sobre la tabla para poder tomarla por ambos lados con las manos y avanzar hacia el final de la calle.

Pero enseguida otro disparo pasa muy cerca de mi pierna, rozándola apenas, e impacta en la patineta. Otro hace que una de las ruedas se afloje.

Me arrojo de la patineta al notar que esta comienza a desviarse hacia la pared y rueda en el suelo, para luego ponerme de pie, pero mi calzado se traba en una grieta sobre el pavimento. Tropiezo. Oigo unas pisadas detrás de mí. Mis ojos se cierran con todas las fuerzas, incluso aunque esté luchando por ponerme de pie nuevamente. Esto es todo; en cualquier momento, sentiré el calor abrasador de una bala que atraviesa mi cuerpo.

—Por la esquina. Vamos —giro la cabeza hacia un lado al oír la voz.

Agachada a mi lado en la oscuridad hay una chica con una gorra negra sobre su cabeza. Tiene lápiz labial negro y los ojos grises y fríos como el acero, posicionados sobre las siluetas sombrías de la calle. En su mano lleva una pistola y unas esposas negras. Por un momento, me parece notar que las esposas son reales hasta que veo que emanan un destello azul virtual que me hace comprender. Está totalmente

tranquila, sin siquiera expresar la más mínima expresión de molestia en su rostro.

No había nadie junto a mí hacía un segundo. Es como si se hubiera materializado allí frente a mí.

Sus ojos titilan hacia mí.

–*Muévete* –las palabras salen como un látigo.

Esta vez, no vacilo. Comienzo a correr a toda prisa por la calle.

Mientras lo hago, ella se levanta y se dirige hacia uno de mis asesinos encapuchados. Camina con tanta calma que parece escalofriante; incluso cuando el atacante levanta su arma para apuntarle a ella, ella también lo esquiva. Para cuando el asesino le dispara, ella dobla su cuerpo hacia un lado, esquivando las balas a medida que ella levanta la suya. Dispara a su atacante con movimientos borrosos y veloces. Llego a la esquina y volteo justo en el momento exacto en el que su bala impacta contra el hombro de mi atacante, quien cae hacia atrás.

¿Quién demonios es esta chica?

Zero nunca había mencionado a alguien más que trabajara para él; quizás no tenía ninguna relación con él. Incluso, podría tratarse de una de mis atacantes y está tratando de despistarme aparentando ser mi salvadora.

Llego al centro comercial. Me encuentro caminando a toda prisa entre una multitud sorprendida en dirección a las primeras escaleras. *Sótano*, la palabra se repite en mi mente. En la distancia, oigo la sirena de la policía en la calle de la que provengo. ¿Cómo llegaron tan rápido?

Luego, recuerdo al peatón que había gritado y huido al oír el primer disparo. Si estaba usando los nuevos lentes afectados por el algoritmo, su reacción debió haber activado el NeuroLink para contactar a la policía. ¿Es posible eso? Parecería ser una nueva herramienta que agregó Hideo.

No es sino hasta llegar al final de la escalera y atravesar la salida de emergencia que me encuentro con que la chica de ojos grises, de alguna forma, está corriendo a mi lado. Mueve la cabeza de lado a lado cuando nota que estoy por abrir la boca para hacerle una pregunta.

–No hay tiempo. Apresúrate –me ordena, cortante. Y, sin pensarlo, le hago caso.

Mientras avanzamos, analizo en silencio la información que puedo obtener de ella. Hay muy poco. Al igual que yo, parece estar trabajando con una identidad falsa, ya que los numerosos perfiles que aparecen a su alrededor se ven vacíos y engañosos. Se mueve muy decidida, con tanta intensidad y seguridad que sé que ya ha hecho este tipo de cosas antes.

*¿Como qué? ¿Como ayudar a alguien que está siendo cazada a que se ponga a salvo? ¿O engañar a alguien para llevarlo a una muerte segura?*

Hago una mueca de dolor ante ese pensamiento. No es una apuesta que me arriesgaría a perder. Si trata de separarme de su otro rival cazador o algo similar, entonces necesitaré encontrar una buena oportunidad para escaparme a toda prisa.

El sótano del centro comercial está distribuido de la misma manera que los puestos de cosméticos en un centro



comercial de Nueva York, excepto que aquí están llenos de todo tipo de postres decorados con mucha elegancia. Pasteles, mousses, chocolates; todo tan bien presentado que lucen más como joyas que comida. Las luces son más tenues ya que toda la sección se encuentra cerrada por la noche.

Corro por los pasillos oscuros detrás de la muchacha. Se acerca a uno de los exhibidores de pasteles y golpea el vidrio con su codo con todas sus fuerzas, haciéndolo estallar en mil pedazos.

Comienza a sonar una alarma.

Satisfecha, se acerca hacia el exhibidor roto y toma un pastel de chocolate en miniatura adornado con algunos copos dorados. Lo sacude para quitarle trozos de vidrio y se lo lleva a la boca.

–¿Qué estás haciendo? –le grito, por encima del ruido.

–Liberando el camino –me contesta con la boca llena de comida. Sacude su mano impacientemente hacia el techo–. La alarma ahuyentará a algunos.

Sujeta la pistola con más fuerza y levanta su otra mano para hacer una serie de gestos en el aire. Una invitación aparece en mi visión.

### ¿Conectar con [null]?

Dudo por un momento antes de aceptar. Unas líneas de neón doradas aparecen frente a mí, guiándonos a través de un camino que ella ha fijado.

–Síguelo si me pierdes –dice por detrás de su hombro.

–¿Cómo te llamo? –le pregunto.

–¿De verdad importa?

–Si alguien me ataca y nos separamos, sabré qué nombre gritar para pedir ayuda –al decir esto, voltea hacia mí y me regala una sonrisa.

–Jax –responde.

Una figura escarlata aparece en mi visión, escondida detrás de una columna en el otro extremo del lugar. Jax voltea su cabeza en esa dirección sin aminorar la marcha.

–Abajo –me advierte. Levanta el arma y dispara.

Me arrojo al suelo al ver el destello del arma de Jax. La otra persona devuelve el disparo de inmediato, haciendo que las balas estallen contra las columnas y rompan otro exhibidor de vidrio. Casi me quedo sorda. Jax se sigue moviendo con la misma intensidad que antes, pero esquivando la línea de fuego a cada rato, mientras apunta de costado con su arma a la altura de su hombro y dispara. Entretanto, corro hacia ella con la cabeza baja.

De pronto, una bala casi la alcanza, lo cual la fuerza a cambiar de lado y pasar el arma sin esfuerzo alguno de una mano a la otra. Dispara nuevamente.

Su bala da en el blanco esta vez. Oímos un grito de agonía y, cuando volteo para observar más allá de los exhibidores, veo colapsar a una figura recubierta por un halo rojo. La línea dorada que guía nuestro rumbo nos indica que debemos girar a la derecha, pero antes de hacerlo, Jax se acerca a toda prisa hacia la figura que yace en el suelo.

Apunta su arma directo a la persona y hace otro disparo efectivo. El asesino convulsiona una vez con mucha violencia y queda tendido en el suelo.

Se acabó en un instante, pero el sonido del disparo aún persiste en mi cabeza, como la roca que irrumpe en la tranquilidad de un estanque, repitiendo el recuerdo una y otra vez. Puedo ver la sangre salpicada en la pared y el charco rojo expandiéndose por debajo del cuerpo. La herida en su cabeza.

Mi estómago se revuelve con violencia. Es demasiado tarde como para detenerlo, por lo que simplemente me arrodillo y vomito toda la cena en el suelo.

Jax me hace poner de pie rápidamente.

—Cálmate. Sígueme —inclina la cabeza y me hace señas para que me mantenga en movimiento.

En mi mente, la sangre salpica la pared una y otra vez. *Lo mató con tanta facilidad. Está acostumbrada a esto.* Pienso en irme, pero Jax *en verdad* me defendió y no intentó asesinarme. ¿Acaso hay una mayor recompensa sobre mi cabeza si me llevan con vida?

Miles de preguntas aparecen en la punta de mi lengua, pero me fuerzo a seguirla, mareada. No oigo nada, salvo el eco de nuestras botas sobre el suelo. Se oyen las sirenas de la policía y las ambulancias, aún deben estar en la escena del tiroteo arriba, y quizás alguien ya encontró el cuerpo que Jax dejó.

Los segundos parecen horas, hasta que finalmente llegamos a nuestro destino; las líneas doradas terminan frente a un armario.

Jax escribe un código en el cerrojo de seguridad en la puerta. Se pone verde, emite un único pitido y se abre para nosotras. Me apura para que ingrese.

La habitación luce como un armario común y corriente, repleto de cajas de madera y de cartón apiladas hasta el techo. Jax se recuesta sobre un mostrador y recarga su arma.

—No puedo sacarte por la salida principal —me explica—. Hay una barricada de policías bloqueando el camino hacia el auto. Tomaremos este camino.

*El auto.* Quizás en verdad está con Zero.

Me acurruco en un rincón y cierro los ojos con fuerza. Aún tengo la garganta impregnada de un gusto ácido. El eco del disparo mortal continúa sonando en mi cabeza. Dejo salir un suspiro largo y tembloroso, y trato de recobrar la compostura con los ojos sobre la pistola de la muchacha, pero mis manos siguen temblorosas, no importa qué tan fuerte cierre los puños. No logro ordenar mis pensamientos adecuadamente. Cada vez que lo intento, se desmoronan.

Jax me ve luchando por mantenerme en pie. Se detiene, da un paso hacia atrás y me levanta la barbilla con su mano enguantada. El cuero está manchado de sangre. Me quedo quieta por un momento, preguntándome cómo puede estar tan tranquila y decidida luego de haberle disparado a alguien en la cabeza. Me pregunto si este es el momento en el que me quiebra el cuello como una rama.

—Oye —fija su mirada en mí—. Estás bien.

—Ya lo sé —balbuceo y me alejo de su mano.

–Bien –al oír mi respuesta, se lleva la mano hacia su espalda y toma otra pistola de su cintura. Me la arroja sin decirme nada y la tomo como puedo.

–Dios mío –digo impulsivamente, sosteniendo el arma frente a mí con dos dedos–. ¿Qué rayos se supone que haga con esto?

–¿Disparar cuando lo necesites? –sugiere. Sigo con la mirada vacía hasta que pone los ojos en blanco y me quita el arma de las manos. La vuelve a llevar a su cintura y toma su propia arma, a la cual le quita el cartucho–. ¿Qué? ¿Nunca has disparado un arma antes?

–No una real.

–¿Nunca viste a nadie morir? –pregunta y muevo la cabeza de lado a lado, con frialdad–. Creí que eras una cazadora de recompensas.

–Lo soy.

–¿No sueles hacer ese tipo de cosas?

–¿Qué? ¿Asesinar gente?

–Sí. Eso.

–Mi trabajo es atraparlos *con vida*, no hacerles agujeros en la cabeza –la oigo colocar un cartucho nuevo a su pistola–. ¿Es mi turno de preguntar qué está ocurriendo? ¿Zero te envió?

Jax guarda su pistola recién cargada en su estuche. La mirada que me dedica es casi de compasión.

–Escucha. Emika Chen, ¿cierto? Claramente no tienes idea de en qué te estás metiendo –sin perder el ritmo, toma un cuchillo del interior de una de sus botas y continúa–.

Estabas cenando con los Jinetes del Fénix esta noche, ¿no es cierto?

–¿Has estado espiándome?

–Estaba *cuidándote* –aclara Jax mientras camina hacia el otro lado del armario, en donde hace a un lado una pila de cajas y deja al descubierto una puerta discreta que luce solo como un rectángulo delgado contra la pared. Toma un cuchillo y lo clava con cuidado en las grietas–. Dime que no tengo que explicar todo.

–Mira, ¿por qué no empiezas por explicarme qué demonios acaba de ocurrir y seguimos desde allí? –me cruzo de brazos. Es una manera fácil de ocultar mi temblor y de hacerme sentir cierta comodidad. Mostrarle mis debilidades a esta muchacha parece ser algo bastante peligroso.

–Acabo de salvarte del que sería tu asesino –me dice Jax, señalándome con el cuchillo–. Zero te advirtió de ellos.

Oír esa confirmación de su parte me hace sentir que el miedo abarca todo mi cuerpo. Me paro derecha contra la pared.

–Entonces, ¿él te envió a buscarme? –le pregunto y asiente con la cabeza.

–Me atrevería a decir que algunos de esos cazadores están trabajando juntos, dada la forma en que se colocaron a cada lado de la calle y cómo se desplegaron en el sótano de este lugar. Tampoco serán los últimos. Varios te estarán buscando siempre que tu cabeza tenga un precio tan alto en la Guarida del Pirata.

Camina hacia mí y suelta un trozo de metal en mi mano.

–Sostén esto –luego, regresa hacia la puerta y continúa trabajando con el cuchillo sobre la pared. La miro, congelada.

–¿Por qué me quieren muerta?

–¿Acaso tu conexión con Hideo Tanaka no es razón suficiente? –resopla una vez al notar que su cuchillo se queda atascado–. La gente piensa que todo lo que salió mal en los juegos de este año es porque lograste irrumpir en el juego de la ceremonia inaugural y por tu aventura con Hideo. También hay rumores que dicen que eres tú quien hizo trampa durante la partida final, como un acto de rebeldía por haber sido apartada de tu equipo –se encoge de hombros–. Y bueno, no están equivocados.

–¿La gente me quiere *muerta* por eso? –la ira comienza a apoderarse de mí.

–Hay cientos de apostadores allí afuera que probablemente perdieron mucho dinero en la final. No importa. Tendrás asesinos a tus pies por un largo rato, por lo que te sugiero que permanezcas cerca de mí –logra desatascar el cuchillo y lo presiona con todo su cuerpo en otra grieta.

Zero. Es la primera vez que oigo que alguien además de Hideo sabe de su existencia.

–¿Por qué te envió? –se quita la gorra negra, dejando al descubierto su cabello corto plateado, y me mira.

–¿Por qué otra razón? Para evitar que termines llena de balas. Y, por cierto, de nada –comienzo a sentir un hormigueo por mis brazos y piernas. Zero no me mintió al advertirme, después de todo. ¿O sí?

–No, quiero decir, ¿qué es lo que *haces*? –le pregunto y hace una pausa para mirarme.

–Solo una asesina puede detener a otro asesino, ¿no es cierto?

*Una asesina.* No debería sorprenderme, no después de haber presenciado lo que acaba de hacer, pero luego recuerdo la Guarida del Pirata en el Dark World, en donde asesinos en potencia observan los números de la lotería con tanta paciencia y tranquilidad como la muerte misma. Quizás Jax es una de ellos. Trago saliva.

–Entonces, trabajas para Zero. ¿Eres parte del equipo que intentó sabotear Warcross? –considera la pregunta pensativamente antes de responder.

–Puedes decir eso. Ambos somos Blackcoats.

*Blackcoats.*

Frunzo el ceño, pensando en los grupos ocultos en las sombras con los que me había cruzado en el Dark World. Hay nombres más importantes, claro; los Demoledores; Anonymous, que ya todos conocen; y grupos más pequeños que aspiran ser conocidos.

Pero los Blackcoats no son un nombre con el que esté familiarizada, en lo absoluto. No tengo idea de cuán grandes o pequeños son, lo que hacen o cuál es su propósito. En mi mundo, eso los hace mucho más peligrosos. No están aquí para hacer campañas publicitarias, sino para hacer daño real.

–Nunca oí de ellos –le contesto y se encoge de hombros nuevamente.



–No esperaba que lo hicieras. Si los conocieras, sospecharía más.

–¿Y qué tal si no quiero?

–¿Si no quieres qué?

–¿Qué tal si no quiero saber más? ¿Si no quiero ir contigo?

Esta vez, una pequeña sonrisa aparece en el rostro de Jax, transformando por completo su expresión en algo más siniestro. De pronto, se me ocurre pensar que estoy atrapada en la misma habitación que una asesina profesional.

–Entonces, márchate –me dice, señalando la puerta con la cabeza.

Se está burlando de mí, poniendo a prueba la seguridad de mis palabras. En un momento de terquedad, me dirijo hacia la puerta y tomo el picaporte, lista para abrir e irme por donde vine. Una parte de mí espera recibir un disparo por la espalda, atravesándome y dejándome tendida en el lugar.

–Si quieres morir esta noche –agrega casualmente por detrás de mí. Por mucho que odio hacer esto, sus palabras me dejan fría–. Zero estará decepcionado si te pierde, pero nunca ha forzado a nadie para que trabaje con él contra su propia voluntad. Sal por esa puerta y serás tan libre como un cadáver. Es tu elección.

Hay cazadores al otro lado de esta puerta, esperando a que salga a la luz tenue del sótano... y hay una asesina aquí conmigo, una que dice querer ayudarme a escapar.

Mis manos se cierran con mayor fuerza sobre el picaporte. Jax tiene razón. No duraré ni dos segundos allí afuera sola,

enfrentándome a quién sabe cuántos cazadores desconocidos, todos dispuestos a reclamar su recompensa. O, puedo apostar todo ahora, con alguien que dice pertenecer a unos tal Blackcoats que, a pesar de todo, me salvó la vida y, hasta ahora, parece interesada en seguir así.

Presiono los dientes y me fuerzo a soltar el picaporte. Luego, volteo hacia ella.

—Esto no es una elección —le contesto—. Y lo sabes.

—Es mi trabajo —se encoje de hombros—. Zero te espera y prefiere que estés entera —finalmente, se oye un chasquido sutil de la puerta y me hace señas con una mano—. Dame esa cosa.

Le arrojo el trozo de metal que me había entregado hacía unos momentos, y observo cómo lo coloca en la rendija en donde su cuchillo había accionado algo. Brilla de un color verde suave. La puerta hace un leve chasquido y se abre para revelar un pasadizo subterráneo polvoriento que luce como si no hubiera sido utilizado desde hace mucho tiempo. Algún túnel del metro sin terminar y abandonado hace varios años. Hay escaleras al final, que llevan hacia una luz suave. El auto que Zero mencionó debe estar esperándonos allí.

—¿A dónde me estás llevando? —le pregunto sin moverme.

Jax toma su arma y descansa la empuñadura sobre su hombro. Me quedo mirándola con mucha cautela.

—¿Confías en mí?

—En verdad, no —digo.

—Bueno, eso responde mi siguiente pregunta —y, en un instante, Jax apunta su arma hacia mí y dispara.